

IV

Existe el búfalo, propiamente dicho, de Cafrería, que es el mayor, el más pesado, fuerte y salvaje de los bovidos. Sus cuernos son extraordinariamente largos, sus ojos son hundidos, y tiene las orejas colgantes.

El búfalo de Cafrería se halla no sólo en el Cabo, sino también en las selvas del interior del Africa. Al sud de Kordofahn, en los bosques vírgenes que cubren las orillas del Nilo-Azul, vagan gran número de búfalos salvajes.

El búfalo de Cafrería es un animal de mala intención y temible; y los indígenas africanos lo temen más que al león y al elefante. Así es que no se atreven á cazarlo los habitantes de Kordofahn y los cafres, según atestiguan Kolbe, Sparmann, Drayson, Gordon y Cumming.

El búfalo africano se sumerge con delicia en los arroyos, donde permanece horas enteras. Es muy difícil seguir al búfalo, que con auxilio de sus fortísimos cuernos penetra donde no pueden entrar el elefante, el rinoceronte y el hipopótamo.

El búfalo de Cafrería arremete furioso, aun cuando no le ataquen; semeja á violento vendabal que troncha árboles y obstáculos, derriba hombres y les tritura; así es que los indígenas ven en el *inyati* ó *insumba*, como apellidan al búfalo, el más terrible de los seres.

El capitán Drayson da una magnífica descripción de este animal.

«Su piel es tan espesa,—dice,—que una bala no le atraviesa, á menos de ser disparada desde muy corta distancia. El búfalo es un animal furioso, ávido de venganza y malo. Vivé en grandes piaras, pero

en la época del celo los machos se entregan á ardorosos combates. Los solitarios son los búfalos más terribles.

La huella del búfalo semeja á la que deja el buey. Los cascos del búfalo viejo están muy separados, y, por el contrario, los de los jóvenes, encogidos. La huella de las hembras es más larga, estrecha y débil que la del macho.

El cazador sigue estos animales cuando al anochecer enderezan sus pasos hacia la llanura. Por la noche vagan fuera de las selvas, á donde se refugian durante el día; así es que es fácil ponerse á tiro.

La caza del búfalo ofrece serios peligros, porque es un animal de aviesas intenciones. Un cafre, valeroso cazador de aquellas alimañas, hirió á un búfalo, que emprendió la fuga. El indígena avanzó unos cien pasos examinando el terreno y buscando las huellas, cuando de repente recibió un furioso topetazo por las espaldas, y fué volando por los aires. Por fortuna cayó entre dos ramas fuertemente entrelazadas, que le recibieron amorosamente antes de caer al suelo, salvándole de ser destrozado por el búfalo.

Aquel *nemrod* de las selvas abandonó para siempre la caza del búfalo, que le había costado, amén de un terrible susto, la rotura de tres costillas.

Un cazador de Natal, apellidado Kirkmann, hirió á un búfalo. Al caer lanzó el animal un grito de dolor; cosa rara, pues el búfalo, al ser herido, suele permanecer silencioso. Era una señal dirigida á la piara de búfalos, que acudieron en auxilio de su compañero. Kirkmann echó su fusil y se encaramó á un árbol, que fué su puerto de salvación.»

Livingstone vió en el sud de Africa gran número de rebaños de búfalos. Gordon Cumming notó multitud de piaras de búfalos de seiscientas y ochocientas cabezas.



CAPÍTULO XIV

LA CAZA DEL LEOPARDO Y PANTERA

I

En la antigüedad era ya conocida la caza de estos animales feroces. Los griegos apellidaban al leopardo *pardalis*, y Aristóteles, en su célebre historia de los animales, lo menciona á

menudo. Oppiano, en su obra sobre la caza, distinguía dos suertes de leopardos peligrosos: unos grandes y fornidos; otros, más pequeños, pero no menos vigorosos. «Ambos,—añade,—se parecen por la forma, el color y las manchas de la piel; pero los más pequeños tienen la cola más larga.

En Roma, el leopardo jugaba importantísimo papel en los combates de fieras. Scaurus fué el primer edil que lanzó sobre la arena de los circos 150 panteras. Pompeyo envió 400 y Augusto 100.

El historiador Capitolino es el primero que usa el nombre de leopardo.

El leopardo ó pantera es el felino más perfecto. El adulto más desarrollado mide, á lo sumo, 3'20 metros, contando la cola; y unos 1'10 metros de altura. Sus garras tienen gran potencia; su pelaje es espléndido, cubierto de caprichosos dibujos.

Merece, en primer término, nuestra atención el leopardo ó gran pantera de África.

El guía más seguro es Bombonnel⁽¹⁾, el célebre cazador de panteras.

«La gran pantera,—dice,—ó leopardo de África

(1) Bombonnel, le tueur de panthères. Ses chasses, écrites par lui-même.

(pues se le conoce bajo estos dos nombres) es bastante común en la provincia de Argel, única que he explorado.

Habita, con preferencia, á orillas del mar, ó cerca de las corrientes de agua, y en las regiones en que el invierno es menos riguroso. Rara vez se le encuentra en las montañas cubiertas de nieve.

La gran pantera pesa de 200 á 400 libras.

La pantera de África sorprende á su presa á traición y emboscada, y dando terribles saltos; pero rara vez veréis correr á aquel felino.

Los saltos de la pantera son tan prodigiosos, que le he visto cruzar rápidamente, sin tocar al suelo, distancias de 12 metros.

El ojo de la pantera es grande, redondo, ardiente y luminoso. Por rápidos que sean los movimientos de aquella alimaña, no puede trepar por los árboles.

Las garras de la pantera, sobre todo de las patas traseras, son formidables. Á la edad de cuatro años la pantera ha adquirido ya mucho desarrollo. Su caza favorita son los jabalíes. Cuando alcanza los ocho ó diez años, ha logrado su pleno desarrollo. No le bastan ya los jabalíes, sino que ataca á las vacas, caballos, bueyes y camellos.

La pantera, cuando no se ve acosada y perseguida, no ataca al hombre que pasa fuera de su alcance. Pero cuando algo se mueve á corta distancia, hombre ó lo que sea, la pantera adulta, impulsada por un movimiento irreflexivo, se lanza sobre su presa.

La pantera es muy delicada en su alimentación y desdeña los animales muertos, y sacia su voracidad con carne caliente y sanguinolenta.

La ferocidad de la pantera africana sube al punto de que caza otros animales, no sólo por el placer de devorarlos, sino para destrozarlos.

En todos los países por donde vaga el leopardo se le hace una guerra sin cuartel. En los países abruptos y salvajes del interior del África, los indígenas, armados toscamente, han de rivalizar con las fieras en artificio y astucia. Las lanzas y flechas que figuran en nuestros museos arqueológicos son, por punto general, pobres armas en el momento supremo en que una fiera se lanza con ímpetu y furia sobre el hombre. Un buen fusil, armado con bala cónica y explosible; un pulso y mirada certeros; son las armas poderosas con que el valeroso cazador puede luchar con ventaja con los felinos del desierto.»

Le Vaillant⁽¹⁾ describe con cierto humorismo una

(1) *Premier voyage dans l'intérieur de l'Afrique*; tomo I, pág. 560.

de las cazas de la pantera en que jugó el principalísimo papel. Durante su estancia en Saldanha, en casa de su amigo Slaber, un colono, apellidado Smit, se dirigió á Le Vaillant, suplicándole libertase la comarca de una terrible pantera que causaba grandes destrozos en el ganado.

«Consentí,—dice;—y al alvorear, al frente de diez y ocho cazadores, y seguidos de una buena jauría, enderezamos nuestros pasos hacia el sitio por donde vagaba la pantera.

El país, algo desprovisto de vegetación, sólo mostraba, aquí y allá, alguno que otro espesísimo matorral. Registramos cuidadosamente el terreno, cuando, después de una hora, dimos con un carnero medio devorado por la pantera.

Una vez hallada la pista del leopardo, era indudable que daríamos con él; y, en efecto, algunos instantes después, los perros empezaron á ladrar furiosamente, dirigiéndose hacia un espeso matorral que se hallaba á nuestra derecha.

Salté yo del caballo, entregando las riendas á un hotentote; y, dirigiéndome á mi vez hacia el matorral, me paré en un montículo situado á unos cincuenta pasos. Mis compañeros me siguieron, pero no tardé en notar que su ánimo no se hallaba muy tranquilo ni sereno.

Los indígenas me habían advertido que, si cuando el felino estuviese cerca gritaba *jsaa! jsaa!*, se revolvería furioso contra mí. Aproveché el aviso, y alboroté los ecos con los gritos de *jsaa! jsaa!*; pero, durante mucho tiempo, en balde; porque los perros, situados, sin avanzar, en los linderos del matorral, y el leopardo ó pantera sin salir, se amedrentaban, sin duda, mutuamente.

Al fin vi salir á la fiera,—añade Le Vaillant,—y su aparición súbita hizo volver grupas á mis compañeros, quedándome sólo con mi criado, forzudo indígena hotentote.

La pantera, acosada por la jauría, no hizo más que salir de un matorral para refugiarse en otro, y á su paso disparé dos tiros.

El matorral en que se había refugiado la pantera era menos espeso que el anterior. Los rastros de sangre que el felino dejó al paso me indicaron que le había herido; y el furor con que los perros redoblaron los ladridos me confirmaron que la fiera no estaba lejos.

Algunos de mis compañeros, repuestos del susto y animados por la fuga cobarde de la pantera, se reunieron de nuevo conmigo.

Dimos una batida á los matorrales donde estaba el



Leopardo vencido por un antilope